

# EL MISTERIO DEL CORAZÓN DE CRISTO, CENTRO DE LA VIDA Y MINISTERIO SACERDOTAL

por LUIS-MARÍA MENDIZÁBAL OSTOLAZA, S.J.

(Separata de *Teología del Sacerdocio*, vol. 16. Burgos, 1983: «El Ministerio y el Corazón de Cristo»)

A lo largo de las conferencias de los días precedentes hemos podido seguir los diversos aspectos de la vida sacerdotal y del ministerio. Se ha sugerido también la relación de esos diversos aspectos con el Corazón de Cristo. La tarea que se me confía hoy viene a ser, llegando al *centro* del sacerdocio, al corazón sacerdotal, mostrar cómo el centro de ese centro ha de ser, debe ser el misterio del Corazón de Cristo.

Para ello daré dos pasos: 1. Presentar brevemente la centralidad del misterio del Corazón de Jesús. 2. Mostrar que ese misterio en su centralidad constituye el centro de la vida y ministerio sacerdotal.

## I. CENTRALIDAD DEL MISTERIO DEL CORAZON DE CRISTO

No hace falta recordarlo, y aquí lo supongo, que entendemos el culto al Corazón de Jesús en el sentido presentado por «Haurietis Aquas». No es simplemente una imagen o una reliquia o una serie de plegarias y prácticas laterales.<sup>1</sup>

Diría que la verdadera y genuina devoción al Corazón de Jesús es «*vivir el cristianismo a la luz del misterio del Corazón de Cristo*». Es vivir la vida diaria iluminada por la fe en el amor de Jesucristo, revelación del amor del Padre, y fuente de sus designios amorosos de redención realizados cada día también en el mundo de hoy. El cual «vivir a la luz» presupone la contemplación penetrante y ardiente del misterio mismo del Corazón abierto de Cristo.

El Corazón de Cristo es Jesucristo resucitado vivo de Corazón palpitante que amó al hombre, a cada hombre<sup>2</sup>, hasta la cruz, que está cerca de cada hombre, que le ama ahora con

---

<sup>1</sup> Para una actualización teológica del culto al misterio del Corazón de Cristo:

J. SOLANO, *Teología y vivencia del culto al Corazón de Cristo*, 4 vols. Madrid 1979;  
A. BEA-RAHNER, *Cor Iesu*. Comentario a Haurietis Aquas, 2 vols. Roma 1959;  
AA.VV., *El Corazón de Cristo en el mundo de hoy*. Semana Teológica de Valladolid, Madrid 1976;  
AA.VV., *El Corazón de Jesús, principio y signo de unidad*. Congreso Teológico-Pastoral de Valladolid, Madrid 1980;  
AA.VV., *Cor Christi*. Actos de los Simposios Teológicos de Roma-Estrasburgo, IIHJ, Bogotá 1980;  
*I Congreso Internacional del Corazón de Jesús*. Toulouse 1981, Madrid 1982;  
F. ASENSIO, *Comentario bíblico a las Letanias del Corazón de Jesús*. Madrid 1974;  
G. DE BECKER, SS.CC., *Léxico de la Teología del Sagrado Corazón*. Bogotá 1975;  
B. DE MARGERIE, *Cristo, Vida del mundo*, BAC Madrid 1974;  
M.L. CIAPPI, *Il Cuore di Cristo centro del Mistero della Salvezza*, Roma 1981;  
L.M. MENDIZÁBAL, S.J., *En el Corazón de Cristo*<sup>3</sup>, Madrid 1979;  
J. ORDÓÑEZ, *Creo en el Corazón de Cristo*, Madrid 1978;  
J. L. URRUTIA, *Espiritualidad postconciliar según el Corazón de Cristo*, Santander 1972;  
R. VEKEMANS - J. LEPELY, *Temas candentes a la luz del Corazón de Cristo*<sup>2</sup>, Madrid 1976.

corazón humano, que le da continuamente el Espíritu Santo<sup>3</sup>, que lleva ahora adelante con corazón humano la obra de la redención, que es sensible a la respuesta del hombre, que introduce a cada hombre en el drama de amor de su misterio de redención<sup>4</sup>.

Y la tonalidad de la respuesta está marcada por la *consagración*, entendida, más allá de un acto de culto, como una *actuada donación de sí mismo*, como respuesta de amor; y por la *reparación*, es decir, por la *asimilación personal y asociación consciente* a la obra de la redención desde el corazón y al unísono con el Corazón redentor de Cristo.

Esta visión central del culto al Corazón de Jesús, es la que empapa toda la teología, la pastoral y la catequesis. Más que presentar una tesis teológica sobre la legitimidad del culto al Corazón de Jesús a manera de apéndice de la Cristología, se trata de presentar la Cristología misma a la luz del misterio del Corazón de Cristo. Y lo mismo vale de la pastoral y de la catequesis<sup>5</sup>.

Así el Corazón de Cristo sintetiza sapiencialmente todo el misterio cristiano en su cordialidad fontal: la manifestación del amor *del* Padre y la enseñanza del amor *al* Padre; la riqueza de los tesoros de Dios; las virtudes y sentimientos de Cristo; la inmolación expiatoria de Jesús en Getsemaní y en la cruz; la comunicación del Espíritu Santo como don de amor; el amor sponsal de Cristo a la Iglesia; el sentido personal de la redención vivida en el Corazón; el contenido profundo de la Eucaristía; el amor misericordioso que se expresa y derrama en la penitencia...

El Corazón de Cristo abierto en la cruz es el gran punto rojo en que confluye el cielo y la tierra<sup>6</sup>. Es revelación del amor del Padre y ejemplar supremo del amor del hombre al Padre. Es el *Mediador* en su corazón. En ese corazón humano está el mundo entero envuelto en amor ofrecido en inmolación al Padre: están todos los pecados del mundo por los que Él muere. Y está todo el amor de Dios que quiere salvar a esos hombres, que entrega a su hijo por nosotros, en ese Corazón de Cristo que se entrega a sí mismo por nosotros, que nos da el Espíritu Santo, como fruto de esa entrega de amor. Es la presentación maravillosa que hace Juan Pablo II, presentando el misterio del Calvario<sup>7</sup>.

Es el Corazón de Cristo izado en alto para que atraiga los corazones de los hombres y les enseñe y comunique la actitud interior que deben mantener en su vida cristiana. Es lo que Jesucristo proclamaba: «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11,29) y lo que pedía en su oración sacerdotal: «Para que el amor con que me amaste esté en ellos y yo también en ellos» (Jn 17,26), y a lo que él mismo exhortaba: «Como el Padre me amó, así también os he amado yo... amaos unos a otros como yo os he amado» (Jn 15,9.10).

Ese «como» no significa un simple ejemplo exterior. Sino que el «como» joanneo es también, participación. Participación de los sentimientos actuales de Cristo glorioso que mantiene su misma oblación, que en él no tiene ahora una humanidad capaz de sufrir, pero sí la tiene en nosotros.

Cada cristiano participa su amor de Cristo glorioso según su propia vocación. El sacerdote participa el corazón sacerdotal de Cristo y lo nutre en la Eucaristía, donde se le da en su oblación sacerdotal de la cruz donde contempla en la adoración y presenta al pueblo el Corazón de Cristo que se identifica con la Eucaristía. Su oficio es ser la revelación del

---

<sup>2</sup> Es notable la insistencia de Juan Pablo en este aspecto: *Discurso de Navidad 1978*; *Redemptor Hominis* n. 7. 9. 10. 13.

<sup>3</sup> Es un Pentecostés continuado: R.H. 9. 18.

<sup>4</sup> Cf. CH. JOURNET, *La Redenzione, dramma dell 'Amore di Dio*, Roma 1975.

<sup>5</sup> Véase J. ORDÓÑEZ, *El latido del Corazón de Cristo en el corazón de la Iglesia*, Madrid 1980. Presenta el triple ciclo litúrgico con admoniciones, líneas de homilias y comentarios, a la luz del Corazón de Cristo. Libro utilísimo a los sacerdotes.

<sup>6</sup> Cf. U. VON BALTHASAR, *El Corazón del mundo*, trad. esp. de D. BAZTARRIKA.

<sup>7</sup> R.H. n. 9: «La cruz sobre el Calvario... es una manifestación de la eterna paternidad de Dios, el cual se acerca de nuevo en Él (Jesucristo) a *todo hombre*, dándole el tres veces santo 'Espíritu de verdad' (cf. Jn 16,13)».

misterio del corazón escondido en los velos eucarísticos. Y manifestar en sí mismo el corazón mismo de Jesucristo buen Pastor, puesto que debe ser la visibilidad del Buen Pastor, haciendo accesible en sí ese Corazón.

El Corazón sacerdotal de Cristo manifestado al sacerdote determina su *vocación* hacia una intimidad con Cristo adhiriéndose a él como amigo, que debe a su amigo la redención y todo su ser, pues por su sangre ha sido salvado: es un fiel redimido por Cristo.

## II. EL MISTERIO DEL CORAZON DE CRISTO, CENTRO DE LA VIDA Y MINISTERIO

Es sabido que el Concilio buscó la fórmula para expresar el centro de unidad de la vida y ministerio del presbítero. Este centro de unidad no se puso en la oración personal del sacerdote, cuya importancia se reconoce, así como su función animadora del espíritu sacerdotal. Se señaló como centro de esa unidad la «*caridad pastoral*»<sup>8</sup>. Con este nombre se quiere significar no simplemente la acción caritativa pastoral, sino el corazón del buen Pastor, que late en toda actividad mediadora de sacerdote y en el centro de su misma vida personal. El sacerdote tiene que vivir con una vida y acción que sea expresión del corazón del Buen Pastor, tal como aparece en el capítulo 10 del Evangelio de San Juan: es decir, en unión íntima de amor con el Padre y en una continua entrega de amor de sí mismo a Dios y a sus ovejas, que conoce por su nombre.

Es claro que nos encontramos en el Corazón de Cristo. Como en el orden de la gracia se infunde en el hombre en lo profundo de su persona, la justicia esencial y radicalidad de la que brotan los comportamientos cristianos como frutos resplandecientes que reflejan el rostro resplandeciente de Dios<sup>9</sup> (Mt 15,19), así en la vida y ministerio sacerdotal se manifiesta el corazón sacerdotal, tanto en el obrar como en el modo de obrar, como frutos y con los caracteres del corazón sacerdotal del que brotan.

El sacerdote está destinado a una función instrumental. Pero más al fondo todavía, hay que afirmar que su persona misma es asumida de entre los hombres para su oficio sagrado de mediador, sacerdote y víctima, entre Dios y los hombres, en unión y participación del Único Mediador Sacerdote y Víctima, Jesucristo, que es la *forma instrumenti*<sup>9</sup>.

De esta asunción confirmada con el carácter sacerdotal deriva al sacerdote un conjunto de disposiciones espirituales germinales depositadas en su corazón. No sólo se le confía una misión, un carácter, sino también un *corazón sacerdotal*, participación del Corazón del Único Mediador Jesucristo.

### 1. Corazón sacerdotal de Cristo

En Cristo Mediador podemos distinguir su mediación ontológica, su mediación activa, y su mediación psicológica. Jesucristo une en una sola persona dos naturalezas: la humana y la divina. Mediador es, no el que se aleja de los dos extremos, sino el que, participando de ambos extremos los une. Esto se realiza maravillosamente en Cristo.

*Es mediador ontológico. Verdadero hombre y verdadero Dios. Factus ex muliere, factus sub lege, ut eos qui sub lege erant redimeret* (Gál 4,5), siendo verdaderamente *uno de*

---

<sup>8</sup> PO, 13-14.

<sup>9</sup> Cf. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *De unione sacerdotis Christo sacerdote et victima*, Marietti 1948; Pío XII, AAS 50, 1958, 968-970; DILLENCHNEIDER, LECUYER, VEUILLOT.

*nosotros*, no sólo semejante a nosotros. También él ha sido tomado *de entre los hombres*. Y al mismo tiempo era Dios. Es su mediación ontológica.

Esta mediación ontológica se ordena a su mediación *activa*, al ofrecimiento cruento del sacrificio de la cruz, y a la comunicación de los dones divinos a los hombres. Comunicación de la Palabra que el Padre le ha comunicado, comunicación del don del Espíritu Santo.

Pero Jesucristo no realiza esta mediación activa solamente como acción exterior, como si él no estuviera personalmente y afectivamente interesado en su sacrificio y acción en cuanto a su actitud personal. Conviene recordar que su *actitud íntima* era esencial a su revelación: su actividad mesiánica era expresión reveladora de su amor. Y su actitud íntima era esencial a la razón de su sacrificio. Es decir, que Jesucristo vivió psicológicamente su mediación. En este sentido, la presentación del Corazón de Cristo ante los ojos del contemplativo es una llamada de atención al constitutivo interior del sacrificio, y en general de la acción redentora de Cristo. Y se le propone al sacerdote como toque de atención que le ilumine sobre el sentido interior de su propia actitud sacerdotal.

A la luz del Corazón de Cristo tratamos de penetrar en su actitud interna mediadora. Su gracia capital y la visión beatífica contribuyen a la integración psicológica y cordial de su mediación ontológica y activa.

La carta a los Hebreos describe gráficamente la participación psicológica del Corazón de Cristo en su obra de redención: «El cual, habiendo ofrecido en los días de su vida mortal ruegos y súplicas con poderoso clamor y lágrimas al que podía salvarle de la muerte, fue escuchado por su actitud reverente» (Hb 5,7). Esta actitud interior psicológica, *el Corazón mediador*, es precisamente lo que quiere subrayar el autor de la carta a los Hebreos en su teoría del sacerdocio. Él habla concretamente del sumo sacerdote aarónico; pero se puede extender, sin apenas variación, al sacerdocio en general. Dice la carta a los Hebreos (5,1-2): «Porque todo Sumo Sacerdote (aarónico) es tomado de entre los hombres y está puesto a favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Que pueda sentir compasión hacia los ignorantes y extraviados por estar también él envuelto en flaqueza».

El Autor introduce esta perícopa, no tanto para recalcar la necesidad de una vocación divina en el sacerdocio de Cristo, como se infiere inmediatamente después: «Y nadie se arroga tal dignidad, sino el llamado por Dios, lo mismo que Aarón. De igual modo, tampoco Cristo se apropió la gloria del Sumo Sacerdote sino que la tuvo de quien le dijo: Hijo mío eres tú; yo te he engendrado» (Hb 5,5-7); cuanto por razón de un elemento que queda frecuentemente relegado a un nivel accidental al exponer el pasaje. Este elemento aparentemente accidental es precisamente «la capacidad de compasión» del sacerdote: «que pueda sentir compasión». Y precisamente este aspecto lo aplica el autor sagrado vigorosamente al sacerdocio de Cristo, diciendo: «Pues no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, sino probado en todo igual que nosotros, excepto en el pecado. Acerquémonos, por tanto, confiadamente al trono de gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para ser socorrido en el tiempo oportuno» (Hb 4,15-16).

Cristo fue probado en todo, hasta el punto de ofrecer preces y súplicas con fuerte clamor y lágrimas, aprendiendo de su experiencia lo costoso que es obedecer a la misión confiada por el Padre (cf. Hb 5,8). Esta mediación psicológica, esencial en su obra redentora, ese Corazón mediador de Cristo es el que se nos revela en la agonía de Getsemaní. Su vivencia mediadora constituye el lagar en el que es triturado su corazón en el Huerto, en el momento de su sacrificio cruento, sintiendo, por una verdadera im-pasión, por una parte todas las miserias y pecados humanos que presentaba ante el Padre y por los que se ofrecía a sí mismo, y por otra, poseyendo la visión beatífica, recogiendo dentro de su corazón

sentimientos tan opuestos como son los de la infinitud de Dios y los de las miserias y debilidades humanas.

LE GUILLOU<sup>10</sup> afirma que una teología del Corazón de Jesús sólo puede fundamentarse sólidamente desde la agonía de Getsemaní. Así lo ha hecho su discípulo LETHEL en su disertación doctoral, tomando como autor, por el que entrar en esa teología, a Máximo Confesor<sup>11</sup>. En efecto, la redención se ha realizado por una voluntad humana de una persona divina. Es lo que aparece en el Huerto: «No se haga mi voluntad sino la tuya». Pero es voluntad humana de una persona divina. Y hay que añadir más: hemos sido redimidos *por un corazón humano*. La redención no ha sido un puro acto de voluntad meritorio, sino que Jesucristo la ha vivido *con corazón redentor*. El sentido de su *entrega por nosotros*, no se refiere solamente a una «*pro-existencia*»<sup>12</sup>, para bien de los hombres, sino toda la profundidad del «hyper» redentor<sup>13</sup>, que lleva consigo la identificación con los pecadores, la asunción de sus pecados en su corazón, sintiendo profundamente en sí mismo los pecados del mundo. FEUILLET ha estudiado recientemente toda la riqueza escriturística de los relatos de la agonía<sup>14</sup>. Jesús ha vivido la presencia en su corazón del pecado del mundo mientras sentía la riqueza de Dios, la majestad divina. Sentía al mismo tiempo toda la flaqueza de carne humana. Su corazón fue el lugar en que su amor le apretaba, hasta herir físicamente aquel corazón, según la teoría médica –discutible– del profesor U. Wedenissow, de Bérghamo<sup>15</sup>. Con razón Juan Pablo II decía «que el grito del Corazón de Cristo: ‘que todos sean uno’ queme vuestro corazón»<sup>16</sup>.

Pero no sólo en el momento supremo de la pasión y de su agonía. Desde su entrada en el mundo al hacer la oblación una vez para siempre de su «cuerpo» (Hb 10,10), de su humanidad mortal, Jesucristo vivía ya psicológicamente su mediación. Bajo ese signo de oblación vive también su vida oculta en Nazaret precedida en sus dos etapas por la oblación litúrgica hecha en el Templo en la Presentación y en la Pascua de los doce años<sup>17</sup>.

Su misma misión pública la inicia Jesucristo con la im-pasión tomando sobre sí los pecados de los hombres, y sumergiéndose en el bautismo de penitencia de Juan en las aguas del Jordán cargado con los pecados del mundo, iniciando con la austera cuarentena del desierto su misterio mesiánico: «Ipse infirmitates nostras accepit: aegrotationes nostras portavit» (Mt 8,17; cf. Is 53,4; cf. Mt 9,36; 14,14; 15,32; 20,34; Mc 1,41; 8,2). Así lo ve Juan Bautista cargado con los pecados de los hombres para cumplir toda justicia y realizar las profecías de la víctima por el mundo, y le queda impreso y le hace exclamar: «¡Mira! Es el Cordero de Dios que quita, –llevándolo sobre sí (cf. 1 Pe 2,24)– el pecado del mundo» (Jn 1,29.36), confirmado por la teofanía en la que el Padre recuerda las palabras proféticas victimales: «Este es mi Hijo, el amado en quien tengo mis complacencias» (Mt 3,17; cf. Gén 22,2.16; Is 42,1).

Y en toda su actividad bienhechora y sanante, Jesucristo vive su mediación vibrando en su corazón con las necesidades que debe remediar, con el dolor de la viuda de Naín, con el dolor de las hermanas de Lázaro, con la situación penosa de la multitud que está como ovejas

---

<sup>10</sup> M.J. LE GUILLOU, *La Teología del Corazón de Cristo, plenitud de la Cristología*, en *Cor Christi*, IIHJ, Bogotá 1980, 386-392.

<sup>11</sup> FR. M. LETHEL, *La Théologie de l' Agonie du Christ*, París 1980.

<sup>12</sup> Término acuñado por BONHOEFFER.

<sup>13</sup> Cf. N. HOFFMANN, *El Misterio de la «sustitución» como centro del Cristianismo*, en *Cor Christi*, 393-439; Id. SUHNE, *Zur Theologie der Stellvertretung*, Einsiedeln 1981.

<sup>14</sup> A. FEUILLET, *L' Agonie de Getsémany*, París 1978.

<sup>15</sup> Cf. MGR. G. RICCI, *La Sindone Santa*, N. Y. 1976, 201-215.

<sup>16</sup> JUAN PABLO II, *Costa de Marfil*, 11 mayo 1980.

<sup>17</sup> Adviértase cómo a las frases que describen en compendio la vida escondida de Jesús (Lc 2, 39-40; 2, 51-52), preceden las oblationes litúrgicas del Templo, en la presentación del Niño (Lc 2, 22-38), y de la primera Pascua (Lc 2, 41-50).

sin pastor, con el paralítico depositado ante él, bajado del techo abierto por sus amigos solícitos. Y mientras remedia esos males con signos divinos que significan el don de la salvación que será dado en el Espíritu como fruto de esa *im-pasión* asumida en la oblación de su sangre, manifiesta en ellos la misericordia, la bondad, la mansedumbre y humildad suya y del Padre, en cuya participación hallarán el descanso de la comunión eterna.

## 2. El sacerdocio participado de Cristo

*El sacerdote-mediador.* En una excelente conferencia, que escuchábamos en este ciclo, D. Nicolás López Martínez exponía una síntesis de la doctrina sobre el sacerdocio, precisando ciertos conceptos sobre la función cultural del sacerdote católico<sup>18</sup>. Recalcaba muy oportunamente que el sacerdocio es una misión cultural (o sacra) en toda su actividad, sea litúrgica, sea evangelizadora o de predicación. La observación es importante y hoy particularmente necesaria. El Concilio y el documento del Sínodo de 1971 son explícitos en este sentido. El presbítero en la Iglesia es *sacerdote-apóstol* (cf. Hb 3,1). Elegido por Dios, asumido de entre los hombres, también él es constituido mediador hacia Dios y hacia los hombres. Primariamente es ordenado al Cuerpo Sacramental de Cristo, pero esencialmente, y no secundariamente, es ordenado al Cuerpo místico, al menos en las actuales disposiciones de la Iglesia. Hablamos de hecho del presbítero como hoy existe en la Iglesia, como nos lo muestra la institución eclesial. El presbítero se nos presenta como *sacerdote-apóstol*: ofreciendo los hombres a Dios y Dios a los hombres.

El presbítero en sentido pleno del Nuevo Testamento retoma sobre sí, por voluntad benévola y providente de Dios, la doble función que se había separado en el Antiguo Testamento: oferente y maestro; ascendente y descendente, como el mismo Jesucristo la había asumido en su persona (Hb 3,1).

A1 presbítero se refieren las palabras de la carta a los Hebreos: «Pro hominibus constituitur in his quae sunt ad Deum» (Hb 5,1); y aquellas más explícitas de Cristo: «haced esto en memoria mía» (Lc 22,19; 1 Cor 11,24). Pero al presbítero se refieren también aquellas otras palabras: «Los llamó para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14); «Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura, bautizándolos» (Mc 16,15). Y aquellas otras: «A quienes perdonareis los pecados les quedarán perdonados» (Jn 20,23).

Los apóstoles, conscientes de este sentido íntimo de su función, centran sus actividades en estos puntos, dejando otras obras muy buenas, sí, y aun necesarias, pero que no constituyen su ocupación específica. Para esas otras obras instituyen a los diáconos: «Nosotros nos dedicaremos a la oración y al ministerio de la palabra» (Hch 6,4). Aquí aparece la mediación de doble vertiente: una ascendiente hacia Dios, la otra descendiente hacia los hombres.

Hay que partir de esta mediación a doble vertiente, participada de Cristo, único Mediador, no solo *ontológicamente* por el carácter y la gracia sacerdotal, sino *vivido activamente* por su actividad mediadora instrumental en el sacrificio-oración y en el ministerio de la distribución de los dones divinos, palabra y gracia; y *vivido también psicológicamente* reflejando en sí mismo los sentimientos de Cristo, las actitudes de Cristo. En el Corazón de Cristo, en las entrañas de Cristo, «in visceribus Christi» (Flp 3,8)<sup>19</sup> y con Cristo *con-sintiendo* con la divinidad, y en las entrañas de Cristo y con Cristo *con-sintiendo* con la realidad humana.

---

<sup>18</sup> Cf. N. LÓPEZ MARTÍNEZ, *Ordenación de todo el ministerio sacerdotal a la Eucaristía*. Cf. págs. 100-115.

<sup>19</sup> Notable traducción de la Biblia de Jerusalén: «Cuánto os añoro a todos vosotros en el corazón de Cristo Jesús».

*Mediador ante Dios en favor de los hombres.* También el sacerdote es mediador ontológico. Sobre su pobre humanidad desciende la gracia sacramental del sacerdocio y es configurado a Cristo por el carácter sacerdotal. De esta manera toca los dos extremos. Pero es constituido en esta mediación ontológica en dependencia de Cristo. El verdadero representante de la humanidad, no por elección sino por naturaleza, es su cabeza: Cristo. El sacerdote sí es asumido de entre los hombres, pero su legitimidad de representación la obtiene como representante y colaborador instrumental de Cristo, y no directamente de la elección de los hombres<sup>20</sup>. Y por cierto, por el carácter es constituido sacramento del Sumo Sacerdote Cristo y capacitado para actuar *in persona Christi*, es decir, de Cristo en cuanto cabeza universal de la Iglesia.

Su mediación ontológica y función instrumental se ordena toda a la *mediación activa*. Los actos principales de esta mediación HACIA DIOS en favor de los hombres, son el *sacrificio y la oración*: «ut offerat dona et sacrificia pro peccatis». El sacerdocio dice relación al sacrificio eucarístico como a acto principal<sup>21</sup>. Todas las otras funciones sacerdotales se refieren y ordenan al sacrificio: o como disposición a él, o como aplicación de sus frutos. La Misa es el centro de la vida espiritual del sacerdote, fuente y coronación de la vida de la Iglesia.

Aquí, de nuevo, dones y sacrificio no son otra cosa sino Cristo mismo, corona de la creación y Dios al mismo tiempo, en el que toda la creación glorifica a Dios en la sangre derramada del sacrificio de Cristo. Los dones presentados en el altar nos significan a nosotros mismos que, transformados en Cristo, somos ofrecidos en él y con él según el carisma y caridad de cada uno<sup>22</sup>. En él y con él se ofrece también el sacerdote antes que nadie, en favor de los hombres, hecho él mismo víctima con Cristo e identificado con él, asumido en su oblación al hacerse presente sacramentalmente la oblación de la cruz<sup>23</sup>.

También la oración por el pueblo es una función estrictamente sacerdotal, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. No toda oración del sacerdote es sacerdotal, sino solo aquella en que el sacerdote ora oficialmente, autoritativamente por el pueblo. No se hace sacerdotal solo porque se haga con las fórmulas de los ritos litúrgicos oficiales. Por otra parte, tampoco es necesario que se haga contemporáneamente al sacrificio. Evidentemente, todo sacrificio es intrínsecamente oración; pero la oración le puede acompañar también oficialmente. Es sacerdotal la oración con la que el llamado por Dios, y en cuanto llamado, intercede por el pueblo. Ocupa lugar privilegiado el Oficio divino. En toda oración *sacerdotal*, ora *in persona Christi*. Cristo ora en su ministro. Es actuación instrumental ministerial.

Ahora bien, del sacerdocio ministerial vale también lo que dice la Carta a los Hebreos: «qui condolere possit iis qui ignorant et errant, quoniam et ipse circumdatus est infirmitate» (5,2). El ideal del comportamiento sobrenatural sacerdotal no es el estoicismo soberbio, sino una perfecta integración afectiva en la acción. Debe realizar sus funciones sacerdotales con corazón sacerdotal, lleno de *compasión*, lleno de los sentimientos de los mismos hombres en favor de los cuales es mediador. Hay que realizar vitalmente aquel «pro hominibus», aquella *pro-existencia* constitutiva del sacerdote viviendo psicológicamente la unidad con las propias ovejas, con el propio pueblo. Es lo que Pablo VI denominaba: «el efecto psicológico que el carácter representativo de nuestra misión debe producir en nosotros»<sup>24</sup>.

Como Cristo, debe comenzar su sacerdocio tomando sobre sí, *en su corazón* (cf. Jn 17,17-19), los pecados de su pueblo, y vivir todo su sacerdocio revestido de ellos: «Induc

---

<sup>20</sup> Véanse sobre esto las luminosas consideraciones de N. LÓPEZ MARTÍNEZ en la conferencia de este ciclo.

<sup>21</sup> N. LÓPEZ MARTÍNEZ, *ibid.*

<sup>22</sup> Cf. JUAN PABLO II, *Carta de Jueves Santo* 1980, n. 9.

<sup>23</sup> Cf. JUAN XXIII, AAS 52 (1960) 214 s.; 220.

<sup>24</sup> PABLO VI, *A los ordenandos*, Bogotá 1968.

personam peccatorum omnium in oratione et exercitiis tuis per cordialem affectum et desiderium salutis ipsorum. Ita fecit Christus qui nostra peccata tulit in se, pro nobis orat, nostram personam gerit»<sup>25</sup>. Teniendo presente que esa sintonía le viene de su inmersión IN PERSONA CHRISTI, en el Corazón de Cristo, no directamente de su respuesta de sensibilidad humana<sup>26</sup>. En la medida en que participe más de las actitudes de Cristo, tanto más cerca estará de los hombres y más sensible será en Cristo a sus miserias y sufrimientos. La ley expresada por Pablo VI: «tanto más cerca de los hombres cuanto más alta»<sup>27</sup>. Son conmovedoras las palabras de san Cipriano cuando se dirigía a los caídos en la persecución: «Me duelo con vosotros, hermanos; siento mucho que mi integridad personal y mi salud no valgan para suavizar y confortar mis dolores. El pastor se encuentra más duramente herido por las heridas infligidas a su rebaño. Uno estrechamente mi corazón a cada uno de vosotros y tomo parte viva en el peso abrumador del doloroso desastre. Lloro con quien llora, deploro con quien deplora, y creo sentirme abrumado con quien está abrumado. Mis miembros fueron golpeados por los dardos del enemigo enfurecido: espadas crueles traspasaron mis entrañas. El alma no pudo quedar libre e inmune. En los hermanos aterrados, el afecto me aterró también a mí»<sup>28</sup>.

La luz del misterio del Corazón de Cristo se *ilumina* en este misterio eucarístico y hace comprender con fuerza especial el *misterio de la inmolación* penetrando los sentimientos de Cristo, Cordero inmolado glorioso, en quien repercuten los pecados del mundo. Esa inmolación de Jesús no es cruenta, pero es profundamente vivida en el Corazón de Cristo, y debe resonar en el corazón del sacerdote que actúa *in persona Christi* y *en com-pasión con Cristo* (LG, 10; PO, 2), no solo por una ostentación de poder jurídico y sacramental.

«El sacerdote ofrece el Santo Sacrificio ‘in persona Christi’, lo cual quiere decir más que ‘en nombre’ o también que ‘en vez’ de Cristo.

‘In persona’: es decir, en la identificación específica, sacramental con el Sumo y Eterno Sacerdote, que es el Autor y Sujeto principal de este su propio sacrificio, en el que en verdad no puede ser sustituido por nadie...

La toma de conciencia de esta realidad arroja una cierta luz sobre el carácter y sobre el significado del sacerdote-*celebrante que llevando a efecto el Santo Sacrificio y obrando ‘in persona Christi’* es introducido e inserido, de modo sacramental (y al mismo tiempo inefable) en este estrictísimo ‘Sacrum’ en el que a su vez asocia espiritualmente a todos los participantes en la asamblea eucarística»<sup>29</sup>.

Además, por la resonancia *en su corazón sacerdotal* de las actitudes inmolativas del Corazón de Cristo, y por la presencia en su corazón del sentimiento, primero de sus propios pecados, por los que siempre debe ofrecer primero el sacrificio, pero igualmente por la presencia en su corazón de los pecados, miserias, necesidades de sus almas, por las que ofrece ese sacrificio de Cristo y se ofrece a sí mismo con él, como sacerdote y víctima asumida por Cristo, hecho «ofrenda permanente» sacerdotal y «víctima viva para su alabanza».

El vivir el Sacrificio Eucarístico a la luz del Corazón de Cristo, que es el contenido de la Eucaristía, el tomar conciencia a la luz de la fe, de la presencia del Corazón humano de Cristo que mantiene su oblación como en Getsemaní y en la cruz, el descansar en el Corazón

---

<sup>25</sup> NADAL, *Orat. Observ.: Mon. Nat.* 4, 683.

<sup>26</sup> Buenas condiciones tiene en este sentido A. BANDERA, *El sacerdote, hombre de oración*, en *La oración del sacerdote*, Salamanca 1961, 60-68.

<sup>27</sup> Lo decía ensalzando la figura de María: «La más alta de las criaturas y la más cercana a nosotros».

<sup>28</sup> S. CIPRIANO, *De Lapsis*, n. 4.

<sup>29</sup> JUAN PABLO II, *Carta de Jueves Santo* 1980, n. 8.



de Cristo en la Eucaristía, le abre la puerta para vivir de manera personal y profunda el Sacrificio Eucarístico.

San Juan nos enseña a participar de la Cena Eucarística, reclinando respetuosamente la cabeza en el Corazón de Cristo, para percibirlo así todo con el amor profundo y sereno, que repara amando las frialdades y rechazos del Sacramento del Amor, y las traiciones y pecados del pueblo de Dios confiado al sacerdote.

En cuanto a la oración sacerdotal, debe vivirla el sacerdote en unión cordial con los sentimientos y necesidades de su pueblo. Con sus debilidades y pecados, con sus alegrías y con su buena voluntad.

Juan Pablo II en Nueva York, la mañana del 3 de octubre de 1979, en la catedral de Saint Patrick decía: «el valor de la Liturgia de las Horas es enorme... nos hace sensibles: nuestra oración viene a ser una escuela de amor, por el cual amamos al mundo pero con el Corazón de Cristo»<sup>30</sup>.

Indudablemente se vitalizaría mucho la oración del sacerdote si llegara a «orar con el Corazón de Cristo Sacerdote». Es decir, participando de él los mismos sentimientos hacia el Padre y hacia los hombres, hacia la entera comunidad humana, apoyándose en él con confianza, encontrando en él como un depósito de todos los tesoros que las Letanías desarrollan. Desde luego, parece más sugestiva la expresión «orar con el Corazón de Cristo» que simplemente con Cristo. Impresionante el cambio nuestro si nuestra oración fuese «con el Corazón de Cristo»: «Cor Pauli Cor Christi», «Sacerdos alter Christus».

Y notemos la palabra inspirada: «quoniam et ipse circumdatus est infirmitate». Cristo en su propia miseria humana, fuera del pecado, siente y vive, como una *im-pasión*, todas las miserias de la humanidad. El sacerdote en sus propias miserias, y hasta en su pecado de debilidad, siente la impasión de las miserias y pecados de su pueblo. Diríamos que los encarna en su propio corazón.

Esta *im-pasión* dolorosa del sacerdote, víctima-mediador, es o debe ser, no solo un sentimiento puramente humano, sino un sentimiento participado de Cristo-Sacerdote, del corazón sacerdotal de Cristo: de su compasión interior, de sus sufrimientos: «cumpló lo que falta a la pasión de Cristo por su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1,24).

El sacerdote será llevado concretamente a esta participación de los sentimientos del Corazón de Cristo por su contemplación del corazón del Señor y por unión perfecta de caridad con Cristo. Y esta actitud sublime se manifestará en toda su actuación sacerdotal hacia Dios. Que se le pueda señalar diciendo: ahí va el Cordero de Dios que lleva el pecado de su Pueblo.

*Mediador de los dones de Dios a los hombres.* –Administrar los Sacramentos y predicar la palabra de Dios son también funciones sacerdotales que el sacerdote realiza *in persona Christi*. La mediación ontológica sellada con el carácter se ordena también a esta actividad. Es una cooperación cualificada con Cristo: en favor de Cristo, en, persona de Cristo: «pro Christo legatione fungimur tamquam ipso exhortante per nos» (2 Cor 5,20). Atendamos brevemente a la naturaleza de esta función sacerdotal para subrayar después la actitud de corazón sacerdotal que le corresponde y que hemos de tomar del Corazón Sacerdotal de Cristo.

Los fieles son el «campo de cultivo de Dios», «la casa de Dios» (1 Cor 3,9). Dios es el que da el crecimiento, pero pide colaboradores. El oficio de edificar es propio de todo cristiano (cf. Ef 4,12). Para este trabajo de «edificación» no hay necesidad de una «misión»

---

<sup>30</sup> JUAN PABLO II, 3 octubre 1979: «Nuestra oración se vuelve una escuela de amor, una especial clase de amor cristiano consagrado, por el que amamos el mundo, pero con el Corazón de Cristo», *L' Osservatore Romano*, 5 oct. 1979.

particular. Basta la contenida en el Evangelio, que enseña la libertad intrínseca para las obras buenas.

Pero hay colaboradores especiales que no solo hacen el bien, sino que lo hacen sobre el Cuerpo Místico *in persona Christi*. «Pro Christo legatione fungimur...» (2 Cor 5,20). Son los sacerdotes: operan *in persona Christi* en su ministerio eclesial estrictamente tal, autoritativamente. Ministerio espiritual de la palabra y del espíritu que ejercitan como instrumento de Cristo<sup>31</sup>, no solo con autoridad, sino en su nombre, en fuerza de su función sacerdotal<sup>32</sup>. Ministerio espiritual para consolación de las almas, que comprende el ministerio sacramental, sobre todo el de la confesión y comunión; el ministerio de la Palabra: predicación<sup>33</sup>; instrucción pública y privada; conversación pastoral al modo del diálogo de Jesús con la Samaritana (cf. Jn 4,9-26); ministerio del Espíritu, en la dirección espiritual propiamente tal. Ministerio espiritual que es la gloria del Sacerdocio, –nuestro pobre y glorioso destino de sacerdote (Mons. De Luca)–, y que nunca debe posponerse a otros títulos más vistosos: licenciados, doctorados, títulos civiles... «Sic nos existimet homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei» (1 Cor 4,1)<sup>34</sup>.

Y volvemos de nuevo a la actitud interior correspondiente a esta mediación hacia los hombres. Exige ante todo una compenetración con Dios por Jesucristo. Unión con Cristo llena de docilidad a su voluntad y acción<sup>35</sup>. Unión con Cristo especialmente necesaria en el sacerdote, en cuanto su actuación específica, a la que se ordena toda la persona del sacerdote, es esencialmente instrumental, cosa que no sucede en los demás cristianos. En las profesiones normales la actuación específica (ingeniero, arquitecto...) no es instrumental; es instrumental su actividad sobrenatural, que no afecta a la naturaleza de su actividad profesional. Es, pues, necesario que viva la intimidad de Cristo, que sienta su gracia, su consolación, su bondad, su misericordia. Aquí están los tesoros infinitos del Corazón de Cristo. Es necesario que refleje en sí mismo los sentimientos de Cristo.

Podríamos permitirnos parafrasear el texto de la Carta a los Hebreos diciendo: «Todo sacerdote es constituido en favor de Dios como instrumento suyo para ofrecer a los hombres los bienes sobrenaturales, la gracia y las virtudes por medio de la Palabra y de los Sacramentos. Por lo cual debe *con-sentir* con la bondad y misericordia de Dios, porque también él está lleno y circundado de la gracia de Dios»<sup>36</sup>.

Aquí está el lugar privilegiado del Corazón de Cristo que abre y acerca al sacerdote los tesoros de sus disposiciones interiores, de su intimidad abierta, de sus virtudes, de su mansedumbre y humildad; no teóricamente ordenadas, sino palpitantes en la cercanía cordial de su presencia eucarística, en la que acompaña al sacerdote y, con la gracia del Espíritu Santo, lo transforma e introduce en sus secretos divinos.

Pablo VI escribía siendo aún arzobispo de Milán, estas preciosas palabras: «Nuestro ministerio depende en gran parte en su eficacia, del amor también *afectivo*, no solo efectivo, de nuestra vida espiritual, de la conversación y coloquio interior que sepamos tener con Cristo bendito... *Debemos sentir en nosotros a Cristo que celebra para los otros, –pero en nosotros y con nosotros y por nosotros–, sus misterios de salvación»*<sup>37</sup>.

*In persona Christi - In Corde Christi*. Hay un paso más. El sacerdote debe ser «personificación existencial de Cristo»<sup>38</sup>. Es otra faceta del «in persona Christi».

<sup>31</sup> Pío XI, *Ad Cathol. Sacerdotii*: «Quasi-instrumentum», AAS 28 (1936) 10.

<sup>32</sup> «En su nombre, en fuerza de su función sacerdotal»: cfr. PO 2. 12 etc.

<sup>33</sup> Predicación: «praecipuum episcoporum munus» dice el Tridentino.

<sup>34</sup> JUAN XXIII: AAS 52 (1960) 253 s.

<sup>35</sup> Cf. G. RAMBALDI, *Pro Christo levatione fungimur*, «Seminarium» 17 (1965) 229-244.

<sup>36</sup> Algo semejante en FABRO, *Memorial*, n. 52.

<sup>37</sup> «Ambrosius» 39 (1963) 258-259.

<sup>38</sup> PABLO VI, *A los ordenandos*, Bogotá 1968.

El fiel que se acerca al sacerdote busca a Cristo.

Juan Pablo II decía en Brasil: «En el sacerdote todo, incluso lo profano, debe convertirse en sacerdotalizado, como en Jesús que siempre fue sacerdote, siempre actúa como sacerdote, en todas las manifestaciones de su vida.

Jesús nos identifica de tal modo consigo en el ejercicio de los poderes que nos confirió, que es como si nuestra personalidad desapareciera ante la suya, ya que es él quien actúa por medio de nosotros»<sup>39</sup>.

Particularmente en el sacramento de la Penitencia, no se trata de un sacramento mecánico, sino que en el sacerdote debe sentir el penitente la misericordia, la comprensión, la dulzura y mansedumbre del Corazón de Cristo. El sacerdote debe esforzarse en su vida de intimidad con Cristo, en su comportamiento pastoral continuo, por llegar a ese grado en el que en su corazón se manifieste el Corazón de Cristo, su amor al Padre, su celo por las almas, su entrega hasta la muerte. Y de manera especial su mansedumbre y humildad, virtudes características que él mismo quiso destacar relacionándolas precisamente con su Corazón. Mansedumbre y humildad particularmente necesarias para el diálogo con los fieles, para sentirse él mismo simple administrador y no dueño de los bienes de Dios, de la casa y agricultura de Dios, y servidor de los fieles en orden a su fidelidad a la gracia de Dios. Esto supone una contemplación continuada del Corazón de Jesús y una experiencia consciente de la mansedumbre y humildad con que el Corazón de Cristo sostiene y perdona continuamente a su sacerdote.

Del sacerdote vale con más razón lo que Juan Pablo II decía a las Hijas de la Caridad, que han de ser «el corazón de Cristo en el mundo de los pobres»<sup>40</sup>.

En efecto, el sacerdote amando a los fieles no les ofrece *su corazón*, de determinada persona humana; sino que, curiosamente, amando de veras con *su corazón* y fuerzas de amor, deja que *en él ame Cristo*. Y los fieles se sienten consolados porque de manera misteriosa, pero perceptible, se han sentido acogidos, amados y comprendidos por Cristo.

Es el sentido del beato celibato sacerdotal, que no seca las fuerzas de amor sino que las entrega íntegramente para que sean instrumento y sean informadas por el amor sacerdotal superior de Cristo<sup>41</sup>. *Tal es el prodigio del corazón sacerdotal*. Sin él las mismas actitudes y «virtudes que se estiman en la convivencia humana»<sup>42</sup> no le darían al sacerdote cercanía. En cambio, le ayudarán mucho si existe ese corazón sacerdotal.

Debe asemejarse del todo a Cristo, transformarse en él, de modo que su palabra (que expresa siempre la propia persona) sea verdaderamente palabra de Cristo, y no simple articulación sonora, como un disco. Debe tener para los hombres los mismos sentimientos del Corazón de Cristo, recibir en sí el mismo amor de Cristo, como aparece expresamente en la famosa frase del Apóstol: «Caritas Christi urget nos» (2 Cor 5,14): el amor mismo del Corazón de Cristo, difundido en el corazón del apóstol, no le deja en paz, es la forma de su vida. De aquí la cordialidad amplia, paciente, que no se cansa, que no pide demasiado y que nunca cree dar bastante, no buscando para sí las cosas de los hombres, sino sus almas para Cristo.

Tal es la imagen ideal del sacerdote, celebrando la eucaristía, orando por el pueblo, administrando los sacramentos, hablando a Dios del pueblo, y al pueblo de Dios, ofreciendo al pueblo a Dios y Dios al pueblo. Este es el corazón sacerdotal que en el Corazón de Cristo bebe los torrentes de su amor y donde encuentra los tesoros de sus actitudes espirituales que le

---

<sup>39</sup> JUAN PABLO II, Brasil, 2 julio 1980.

<sup>40</sup> JUAN PABLO II, 25 julio 1981.

<sup>41</sup> Cf. PABLO VI, 17 junio 1972.

<sup>42</sup> PO 3; OT 11.

comunica en el Espíritu: *el sacerdote según el Corazón de Cristo*. Es el camino para evitar la despersonalización de la pastoral<sup>43</sup>.

Pablo VI pronunció unas palabras maravillosas en 1972 en medio de la feroz crisis de identidad sacerdotal, trazando con ellas la figura del sacerdote. Deseo citarlas al término de mi intervención.

«El sacerdote es no solo el Presbítero que preside los momentos religiosos de la comunidad, sino que es verdaderamente el indispensable y exclusivo ministro del culto oficial realizado *in persona Christi*, y al mismo tiempo *in nomine populi*; es el hombre de la oración, el solo operador del Sacrificio Eucarístico, el vivificador de las almas muertas, el tesorero de la gracia, el hombre de las bendiciones.

Él es el sacerdote-apóstol, es el testigo de la fe, es el misionero del Evangelio, es el profeta de la esperanza, es el constructor de la Iglesia de Cristo fundada sobre Pedro.

Y ahora su título propio, humilde y sublime: es el Pastor del pueblo de Dios, es el obrero de la caridad, el tutor de los huérfanos y de los pequeños, el abogado de los pobres, el consolador de los que sufren, el Padre de las almas, el confidente, el consejero, el guía, el amigo de todos, el hombre *para los otros*, y si llega el caso, el héroe voluntario y silencioso.

Mirando atentamente al rostro anónimo de este hombre solitario, sin hogar propio, se descubre en él que no sabe ya amar como hombre, porque todo su corazón lo ha dado, sin retener nada para sí, a aquel Cristo que se entregó a sí mismo hasta la cruz por él (cf. Gál 2,20) y a aquel prójimo que él se ha propuesto amar a la medida de Cristo (cf. Jn 13,15). De hecho este es el sentido de su intensa y bienaventurada inmolación celibataria. En una palabra, *es otro Cristo*»<sup>44</sup>.

¿No podríamos quizás formularlo con la frase que san Juan Crisóstomo dedica a san Pablo, y diciendo, que la explicación de todo está en que «Cor sacerdotis, Cor Christi»? Sí realmente; el sacerdote ideal será lo que debe ser, *porque su corazón es el Corazón de Cristo*.

---

<sup>43</sup> Cf. J. ORDÓÑEZ, *El Corazón de Cristo, sentido de la pastoral en Teología del Corazón de Cristo hoy*. Semana de Valladolid, Madrid 1976.

<sup>44</sup> PABLO VI, 17 febrero 1972.